

'El hombre que salvó los cerezos' de Naoko Abe

Dejad que muera  
bajo las flores  
en primavera  
un día  
de luna llena.

SAIGYO  
(1118-1190)

## PRÓLOGO

A un tiro de piedra del foso oeste del Palacio Imperial de Tokio, un futuro rey de Inglaterra arrojó una flamante pala al suelo frío y húmedo. Mirando el fino tronco del joven cerezo que acababa de plantar en el jardín de la embajada británica, el príncipe Guillermo sonrió a su séquito.

La ceremonia de plantación del árbol tuvo lugar a finales de febrero de 2015 y no fue sino un ritual más para el príncipe, que, a sus treinta y dos años, visitaba por primera vez Japón y se había entrevistado unas horas antes con el emperador Akihito y la emperatriz Michiko en las retiradas dependencias del palacio. Cosa infrecuente, esta vez la protagonista era la planta.

Aquel árbol de tres metros de altura era un cerezo, pero de una variedad especial. El *Taihaku* o «gran blanco» era un tipo de cerezo raro y espectacular, que los puristas alababan por sus grandes flores blancas. En cierto momento se extinguió en Japón y su inesperado renacimiento, en un país cuyo símbolo omnipresente es dicho árbol, se debió a un hombre, inglés por más señas: Collingwood Ingram, alias «Cerezo».

## INTRODUCCIÓN

Todas las grandes etapas de mi vida empezaron con flores de cerezo, como le ocurre a la mayoría de los japoneses. En Japón, al contrario de

lo que es costumbre en Occidente, muchas cosas importantes empiezan en abril, mes en el que dan comienzo los años académico y político y las empresas dan la bienvenida a sus nuevos empleados. Cuando empecé párvulos, en Nagoya, ciudad del centro de Honshu, en abril de 1962, un amigo me hizo una foto en blanco y negro con mi madre, Akiko, al pie de un cerezo de flores de finísimos pétalos rosas que había a la entrada de la escuela. Todos hacían lo mismo; todos. No fotografiarse allí era casi un sacrilegio. En la foto, me agarré del brazo de mi madre y, aunque estoy nerviosa por el día que me espera, siento que aquellas flores me protegen.

Mi padre, Hiroyoshi, no sale en la foto. Era periodista y siempre estaba trabajando, siempre; escribía artículos sobre los empresarios que impulsaban el resurgimiento de Japón como potencia industrial de posguerra.

En 1964, el periódico para el que trabajaba envió a mi padre a Tokio. Dejamos nuestra casa de Nagoya, de madera y con suelos cubiertos de tatami, y nos fuimos a la capital en uno de los primeros trenes de alta velocidad. Tokio iba a acoger sus primeros juegos olímpicos y la nación vivía su momento de mayor orgullo en décadas. Era la prueba de que Japón se levantaba después de la humillante derrota y la destrucción nuclear. Esa primavera me matriculé en primaria en la escuela de Takamatsu y mi madre y yo volvimos a posar para la obligada fotografía al pie del cerezo florido que había en la puerta.

Enseñanza secundaria, bachillerato, universidad. Para nosotros, siempre es lo mismo: abril representa un nuevo comienzo, otra etapa de la vida. Las flores de cerezo, las fotos. Y ahí estoy yo otra vez, en abril de 1981, al pie de un cerezo en flor, fotografiada por la Canon de la familia el día que me hice periodista profesional.

El apego que los japoneses le tienen a la flor del cerezo es único y muy curioso. Somos un pueblo homogéneo —el 98 por ciento de los ciento veintisiete millones de habitantes del país son étnicamente japoneses— al que unen más de dos mil años de tradición y afinidad cultural con una planta. Otros países tienen su flor, claro. Pero ¿nos imaginamos a los ingleses, alemanes o estadounidenses acudiendo en masa a los parques cierto fin de semana para ver una flor, por bonita que sea?

En el periódico en el que yo trabajaba en Tokio, primero informando sobre el primer ministro y luego sobre el ministerio de Defensa, mandábamos a un joven ayudante a un parque que había cerca del Palacio Imperial cargado con plásticos y cartones. El joven extendía aquellos tapetes al pie de un cerezo y se pasaba allí sentado toda la tarde, descalzo –¡ay del que pisara calzado aquella alfombra!–, guardando el sitio en el que al caer la tarde acudíamos a celebrar un *hanami* o fiesta de contemplación del cerezo (en japonés, *hana* significa «flor», y *mi*, «ver»). El *hanami* era un rito anual de primavera, un banquete colectivo a base de arroz con flor de cerezo, encurtidos, vino, sake y dulces, en el que se cantaba, se estrechaban lazos con los compañeros de trabajo y se reunían la familia y los amigos.

Toda mi vida he estado rodeada de cerezos. Lo que nunca me había preguntado es por qué la mayoría de los que hay en Japón –siete de cada diez ejemplares– son de la misma variedad, una llamada *Somei-yoshino*. Cuando, en 2001, me mudé a Londres, me sorprendió ver la gran diversidad de cerezos que hay en las islas británicas. Vi flores de muchos colores –blancas, rosas, rojas, incluso verdes– y los árboles florecían en distintos momentos, de mediados de marzo a mediados de mayo. Cuando los de una variedad perdían la flor, florecían los de otra variedad, y esto producía una especie de efecto caleidoscópico que prolongaba dos meses la floración.

En Japón, la floración es mucho más breve. La flor de los cerezos *Somei-yoshino* dura unos ocho días, no más, y la razón de que todos florezcan y luego pierdan la flor al mismo tiempo es que son clones. Por eso la *sakura*, o cultura de la flor del cerezo, de los siglos XX y XXI gira en torno a la breve vida y pronta y predecible muerte de la flor, que es efímera como la vida misma.

¿Qué diablos había sido, me preguntaba, de los cerezos silvestres, como el *Yama-zakura*, que proliferaron en las montañas y se plantaron en las ciudades en tiempos de los samuráis, en los siglos XVII y XVIII? ¿Qué había pasado con las variedades que los *daimyo*, los señores feudales, cultivaron profusamente durante cientos de años en todos los principados de Japón, y los amantes de los cerezos en la antigua ciudad de Kioto? ¿Qué había pasado, en fin, con la diversidad de los

cerezos, en otro tiempo tan apreciada, con sus distintos tipos de flor, maravillosamente variados?

Leyendo una serie de artículos sobre la propagación del cerezo en las islas británicas, conocí la historia de Collingwood Ingram, el hombre cuya lucha por conservar la variedad *Taihaku* y otras de Japón se había hecho legendaria entre los horticultores occidentales. Los japoneses y el mundo en general no conocen esta historia. A mí, cuanto más indagaba, más me aparecía aquel apellido. Me vi así lanzada a un viaje de descubrimiento de este árbol que me llevó por archivos, jardines botánicos y centros de estudios hortícolas de Japón y de Reino Unido. Las pesquisas fueron volviéndose cada vez más personales y cambiaron ideas que había tenido desde siempre sobre un árbol que creía conocer íntimamente.

En el curso de mis investigaciones, supe de la visita que la Asociación del Jardín de Kent hizo en mayo de 2010 a The Grange, una casa de veinticinco habitaciones situada en la localidad de Benenden que Ingram y su mujer, Florence, compraron en 1919. Para la ocasión tuvieron de ponente invitada a Charlotte Molesworth, una experta en poda artística que vivía en una finca vecina con su marido jardinero, Donald. Charlotte y Donald conocían bien a los Ingram y me aconsejaron que me pusiera en contacto con Ernest Pollard, nieto político de Ingram y todo un caballero. Pollard me invitó a su casa de Rye, en el condado de East Sussex. Su mujer, Vervan, es nieta de Ingram.

Allí, sobre una mesa de madera, en un pulcro despacho de la planta baja, los Pollard tenían extendidos diarios, dibujos, apuntes, documentos, libros, agendas, fotografías y artículos de prensa. Comprendí, con gran alegría, que acababa de descubrir un tesoro oculto que abarcaba los cien años de vida de Collingwood Ingram, de 1880 a 1981. Aparte de Ernie, como me insistió en que lo llamara, nadie había examinado a fondo aquellos valiosos documentos. Muchos habían estado metidos en cajas de cartón durante años hasta que él empezó a ordenarlos.

Ernie tuvo la amabilidad de prestarme las transcripciones de los diarios que Ingram había escrito en sus visitas a Japón de 1902, 1907 y 1926.

Cuando volví a Londres, me pregunté quiénes eran las personas a las que Ingram había conocido en aquellos viajes. Fue toda una revelación: miembros de la realeza, hombres de negocios y políticos importantes; la flor y nata de la sociedad japonesa, personajes clave de una potencia industrial que emergía, y todos estaban vinculados, de un modo u otro, con los cerezos. Pero había más. Los apuntes y diarios de Ingram contenían magníficas descripciones de la naturaleza de Japón, así como de los horticultores para quienes los cerezos y sus flores eran mucho más que una magnífica planta: eran una valiosísima institución.

Y me lancé a investigar. Entrevisté a los descendientes de Ingram, a su jardinero, a su ama de llaves y a otras personas que lo conocieron bien. Mi imagen unidimensional del personaje evolucionó y se hizo mucho más compleja. Primero fue el nieto rico del fundador de la revista ilustrada *The Illustrated London News*, luego un niño enfermizo cuya debilidad le impedía ir a la escuela, luego un adolescente seguro de sí mismo, luego un joven aventurero que viajó a Australia y a Japón, en el apogeo del imperio británico...

En lo que a la naturaleza se refiere, fue un ornitólogo que dibujaba aves en los bosques de Francia en 1917 y 1918, durante la Primera Guerra Mundial; fue un ecologista que se adelantó a su tiempo y habló de la importancia de la diversidad de las especies en un país, Japón, que tiende al conformismo; fue un agnóstico que debatía de religión con su párroco y defendía la teoría de la evolución de Darwin...

En la Segunda Guerra Mundial, fue un patriota que organizó las milicias de la Home Guard de Benenden, integradas por hombres de edad avanzada que no habían podido alistarse, para resistir al invasor alemán. Y fue marido, padre, abuelo, colega y un amigo que compartió con el mundo su conocimiento del medio ambiente y, sobre todo, de los cerezos ornamentales.

Collingwood fue un coloso de los cerezos. Defensor apasionado de estos árboles y autoridad destacadísima, salvó varias especies de la extinción. En su jardín de Kent, reunió la mayor colección de variedades que había fuera de Japón. Su mayor legado fue difundir la cultura de la diversidad del cerezo por las islas británicas y el resto del mundo.

Ingram introdujo unos cincuenta tipos de cerezo japonés en Reino Unido. Fue la primera persona del mundo que hibridó cerezos. Creó variedades nuevas. Y puso nombre a unas cuantas cuya familia se desconocía. A una la llamó *Hokusai*, en homenaje al famoso pintor y grabador japonés Katsushika Hokusai, con quien tenía en común un gran amor por la montaña emblemática de Japón, el monte Fuji. A otra variedad la llamó *Asano*, por el protagonista de uno de los textos clásicos de la literatura japonesa, *Los cuarenta y siete samuráis*.

Escribió además un libro pionero sobre el tema y regaló semillas, esquejes y plantones. Promovió el cultivo del cerezo siempre que pudo, entre sus privilegiados amigos y entre el público en general. ¿Cuál fue su cerezo favorito? El *Taihaku*. «Por su calidad y tamaño, es el mejor», escribió. Fue decisivo en la conservación del *Taihaku*, pero ¿cómo asumió este cometido?

Mi investigación me llevó también a reflexionar sobre el papel histórico que las flores de cerezo han desempeñado en Japón a lo largo de los siglos. En Inglaterra veía mil anuncios en los que se nos invitaba a visitar Japón casi siempre con las mismas dos imágenes: un monte Fuji con la cumbre nevada y una flor de cerezo. Pronto descubrí, sin embargo, que estas bonitas imágenes encerraban cuestiones mucho más complejas sobre ese símbolo nacional que es la *sakura*.

En el Japón antiguo, las flores de cerezo simbolizaban la vida nueva y el volver a empezar. Esta percepción empezó a cambiar sutilmente en la segunda mitad del siglo XIX y se aceleró muchísimo en los años treinta del siglo siguiente, cuando los gobiernos sucesivos usaron la popular *sakura* y sus vínculos imperiales para hacer propaganda entre un pueblo acrítico. En lugar de considerar la flor del cerezo un símbolo de vida, canciones, obras de teatro y libros de texto pasaron a hacer hincapié en la muerte. La poesía clásica se malinterpretó deliberadamente y empezó a imponerse la creencia de que el *Yamato damashii* o «verdadero espíritu japonés» implicaba la voluntad de morir por el emperador –el dios viviente de Japón–, a semejanza de los pétalos de la flor del cerezo, que morían después de una vida breve, mas gloriosa.

En este contexto político, desde finales del siglo XIX en adelante, la recién creada variedad *Somei-yoshino* resultaba muy conveniente. En

espacios urbanos donde antes crecían cerezos silvestres y de muchas variedades, empezaron a predominar los clones *Somei-yoshino*. Su rápida adopción alteró el panorama tradicional del cerezo. La nueva variedad crecía rápido: de plantón a árbol en unos cinco años. Era fácil de propagar. Era barata. Y, sobre todo, era bonita.

Cuando los cerezos *Somei-yoshino* florecen, cubren el país de un fino y delicado manto de color rosa. Y como florecen antes de echar la hoja en primavera, su aspecto es más impresionante que el de muchos otros cerezos, que florecen y echan la hoja al mismo tiempo. Siempre que, a finales del siglo XIX y principios del XX, se celebraba algo en Japón, se plantaban cerezos de una única variedad.

A finales de la década de 1880, más del 30 por ciento de todos los cerezos de Tokio eran *Somei-yoshino*. Millones de ejemplares más se plantaron por todo el país tras la victoria nipona en la guerra contra Rusia de 1905 y para celebrar el ascenso al trono del emperador Taisho en 1912 y del emperador Showa (Hirohito) en 1926. Las demás variedades fueron olvidadas y algunas desaparecieron. Pocos se preocuparon o hicieron algo al respecto.

Mi padre, que nació en 1931, recordaba las canciones sobre la flor del cerezo que memorizaba y cantaba una y otra vez en la escuela, en la prefectura de Okayama, cuando se impuso el militarismo tras la invasión japonesa de la provincia china de Manchuria. Y recordaba también la coyuntura histórica en la que aquellas canciones dejaron de pronto de cantarse: cuando Japón se rindió a los aliados en agosto de 1945 y los estadounidenses ocuparon el país. La foto del emperador desapareció de las aulas. Mi padre recuerda que a él y a sus compañeros de clase les dieron un pincel y un frasco de tinta y les ordenaron que tacharan de los libros de texto toda alusión a la divinidad del emperador y a la llamada Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental, concepto que el ejército japonés había promovido hasta entonces. El emperador Hirohito se declaró un simple mortal el día de Año Nuevo de 1946.

En cuestión de meses, acabada la Segunda Guerra Mundial, la mentalidad de la nación dio un giro de ciento ochenta grados. Lo negro se volvió blanco. Los enemigos se hicieron amigos. Japón abandonó la

«ideología del cerezo único» que llevaba profesando más de medio siglo y aceptó la realidad de la posguerra.

Durante mi investigación me topé con una charla que dio Collingwood Ingram en 1926 a algunos de los expertos más eminentes de Japón y en la que avisaba de que muchas de las variedades de cerezo ornamental estaban en peligro de extinción. Era una seria advertencia sobre el derrotero de destrucción que Japón estaba a punto de tomar. Pero, como hicieron oídos sordos, aquel resuelto inglés decidió salvar él mismo los cerezos.

Cuanto más indagaba y preguntaba, más historias descubría. Conocí a varios japoneses expertos en cerezos que, durante la Guerra del Pacífico (como llaman a la Segunda Guerra Mundial), se jugaron la vida por salvar variedades raras. Supe de la dura experiencia de una nuera de Ingram que estuvo encerrada en un campo de prisioneros de guerra de Hong Kong. Y de los cerezos de la «reconciliación» que, años después de morir Ingram, regaló a Inglaterra un cultivador que creció cerca de un campo de prisioneros del norte de Japón.

Fruto de toda esa labor fue este libro, que se publicó en japonés en 2016 y ganó el premio del Club de Ensayo de Japón, un galardón muy importante que se otorga en mi país a la mejor obra de este género, lo que fue un gran honor para mí. Luego, un día que di una charla sobre el libro en el Club Nacional de Prensa de Japón, en Tokio, algunos amigos no japoneses me preguntaron si lo iba a publicar en inglés y en otros idiomas.

Y entonces la historia de Ingram cobró nueva vida. La edición extranjera del libro tenía que dar una perspectiva cultural e histórica más amplia. Los japoneses sabían lo que era el *hanami* o fiesta de contemplación del cerezo florido, pero a quienes no estuvieran familiarizados con la cultura nipona había que explicarles estos conceptos tan japoneses. Estudié nuevos documentos e hice más entrevistas en Gran Bretaña y Japón. La duquesa de Northumberland me enseñó el jardín del castillo de Alnwick, en el que tenía la mayor plantación de cerezos *Taihaku* del mundo. En las nevadas montañas de la prefectura de Gifu, en el centro de Japón, un apasionado jardinero me hizo saber que él y sus colegas mantenían vivo un cerezo de mil quinientos años, el segundo más viejo del mundo. Y en el

extremo sur de Kyushu, isla del oeste del archipiélago japonés, se me saltaron las lágrimas oyendo al nieto de un posadero que conoció a muchos kamikazes contarme cómo pasaban sus últimas horas aquellos jóvenes pilotos, algunos de ellos unos críos: muchos, el día antes de morir, se despedían de sus seres queridos escribiendo poemas en los que comparaban su vida con flores de cerezo.

La idea seguía siendo la misma: contar la reveladora historia de las sorprendentes afinidades que unían a un hombre, una flor y dos países; la historia casi desconocida de Collingwood Ingram, de su larga vida y de su sencilla filosofía; la historia de la flor del cerezo, de su breve vida y de su compleja ideología; la historia de Reino Unido y de Japón, dos naciones insulares, y de las décadas de paz y amistad que se vieron interrumpidas por una guerra de cuatro años cuyas consecuencias perduran.

En Japón, las ideas de Ingram sobre la heterogeneidad chocaban con la homogeneidad de la nación. Él daba por supuesto que la diversidad de opiniones y creencias, especies y variedades era algo que había que estimar y proteger. Una sociedad que acepta la diferencia puede sufrir algún conflicto, pero es fuerte, poderosa y tiene futuro. Para él, cuantos más tipos de aves y plantas –incluidos cerezos– hubiera, mejor.

Que Japón hubiera adoptado una cultura tan extremadamente uniforme era, para él, extraño, restrictivo y potencialmente peligroso. La desaparición de la diversidad, marcada por la extinción del cerezo *Taihaku*, era indicativa de la mentalidad militarista que dominaba Japón en los años veinte y treinta del siglo pasado. La omnipresencia del cerezo *Somei-yoshino* ponía de manifiesto el ominoso espíritu conformista que reinó en Japón hasta la derrota de 1945.

Pero ya veremos todo esto. Nuestra historia comienza cuando Collingwood Ingram es un joven que vive en la campiña inglesa rodeado de la alegre compañía de los chin japoneses y los gorriones blancos de la familia.